
SINDICATOS Y CENTRALES SINDICALES EN BRASIL EN LOS AÑOS 80 Y 90*

Alvaro Augusto Comin**

I. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es realizar un balance de la trayectoria de las principales centrales sindicales brasileñas en esta última década y media y, en la medida de lo posible, reflexionar sobre los límites y posibilidades existentes para su efectiva consolidación como organismos centralizados de representación de los intereses de los trabajadores.

Mi primer paso será mencionar algunas diferencias que separan la experiencia de la formación de las centrales sindicales en los países desarrollados y en el Brasil. Posteriormente, analizo el proceso de formación de las centrales sindicales, los principales clivajes que determinan la división del movimiento sindical en el inicio de los años ochenta y la trayectoria de las principales centrales, CUT y Conclat/CGT, a lo largo de aquella década, enfatizando las diferentes estrategias de acción frente al proceso de transición política y las tentativas de estabilización económica, así como sus esfuerzos de estructuración organizativa y de legitimación del escenario sindical. En el siguiente punto, presento un cuadro comparativo de las dos principales centrales sindicales que pasan a polarizar la escena en los años noventa, la CUT y la Forza Sindical, explorando, por una parte, las transformaciones en los patrones de acción sindical que se procesan en el interior de la primera, y, por otra, los límites de la inusitada experiencia del llamado "sindicalismo pragmático", que caracteriza a la segunda.

Finalmente, concluyo con algunas especulaciones sobre las posibilidades de cambio en el interior del cuadro jurídico-institucional que regula la actual estructura de las relaciones capital-trabajo y de la organización sindical en el Brasil y sus consecuencias en términos de consolidación de las centrales sindicales.

II. ESTRUCTURA Y CENTRALIZACIÓN DE LA REPRESENTACIÓN SINDICAL

Las centrales sindicales, pensando dentro de los moldes en los que se desarrollaron las de los países más avanzados, es decir, como organismos nacionales de articulación y centraliza-

ción de la representación sindical de los trabajadores de las distintas categorías y ramos productivos, son fenómenos bastantes recientes en Brasil — y, dependiendo del rigor con el que se encare tal definición, es posible que ni siquiera la mayor de las hoy existentes, la CUT, pueda ser clasificada como tal—. A pesar de la importancia política de algunas de las experiencias de organización horizontal de sindicatos en el periodo pre-64 —en especial, el Bloco Operario y Camponés (BOC), en los años veinte, y del Comando Geral dos Trabalhadores (CGT) en los años sesenta—, éstas fueron efímeras y/o no llegaron a adquirir dimensión nacional.

El proceso de centralización de la representación sindical en aquellos países, de un modo general, está asociado a la expansión del patrón fordista de organización industrial y a la configuración de mercados de trabajo nacionales. En muchos de estos países la consolidación de las grandes centrales sindicales y federaciones de sindicatos fue paralelo al proceso de homogeneización de la fuerza de trabajo (característico del fordismo), homogeneización que este propio patrón organizativo tendía a acentuar al perseguir, a través de los mecanismos de contratación colectiva, la reducción de las disparidades (de salarios, jornada de trabajo, etc.) entre los trabajadores de diferentes empresas, regiones y sectores productivos.

En el Brasil, el *boom* industrializador que marca la rápida expansión de las formas de salarización y de organización productiva propiamente capitalista data de mediados de los años cincuenta. Es cuando comienza a formarse lo que podríamos llamar una moderna clase obrera, a partir de un excesivo contingente de asalariados urbanos no industriales ocupados en actividades cada vez más masificadas de servicios públicos y privados. No casualmente, este será el periodo de rápido ascenso de las luchas sindicales en Brasil, reuniendo no sólo obreros industriales, sino también trabajadores del transporte y del sector financiero, culminando en 1962 con la fundación del Comando Geral dos Trabalhadores, la CGT. Ese ascenso del movimiento sindical, como se sabe, sería interrumpido con el golpe militar de 1964. Ese carácter "tardío" de la expansión de las actividades urbano-industriales es, sin duda, uno de los elementos claves para entender el carácter igualmente "tardío" de las experiencias más sólidas de las centrales sindicales en el país.

En el plano de las relaciones con el Estado, la pauta de desarrollo del sindicalismo brasileño presenta diferencias significativas en relación a la de los países centrales. Aunque cada experiencia nacional sea, en gran medida, única, en paí-

Traducción: Ariel Jerez Novara.

(*) Este texto es una versión resumida de un artículo originalmente publicado en C.A. Oliveira (org.), *O mundo do Trabalho, Crise e Mudança no Fim de Século*, São Paulo, Scritta, 1995.

(**) Maestro en Sociología por la Universidad de São Paulo e investigador en el Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP).

ses como los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia (con excepción, en estos dos últimos, de los periodos que estuvieron bajo regímenes fascistas), Suecia y -con algunas reservas, dada su mayor fragilidad- Francia, los sindicatos se desarrollaron conservando un elevado grado de autonomía frente al Estado. En estos países los sindicatos sentaron los cimientos en la organización y regimentación de contingentes amplios y expresivos de trabajadores (un movimiento enraizado en la sociedad) y, paralelamente, en la constitución de vínculos orgánicos con partidos políticos, en general socialistas, socialdemócratas o laboristas (penetrando así en el sistema político institucional). Esa capacidad de acción representativa agregada, asociada a un patrón de intervención en la esfera pública, asentado no sobre vínculos orgánicos con el estado, sino a través de los sistemas políticos institucionales (con la excepción de los Estados Unidos), insertó a los sindicatos en el centro de los procesos de regulación económica y social de las sociedades capitalistas desarrolladas y proporcionó las bases para la construcción de los llamados *Estados de Bienestar*.

En el Brasil, como es sobradamente conocido, la historia del movimiento sindical a partir de la década del treinta se desarrolló bajo una fuerte tutela estatal. No obstante, al contrario de los países que experimentaron regímenes autoritarios de tipo fascista (sobresaliendo Alemania, Italia, España, y Portugal), en los cuales el ocaso de tales regímenes marcó la desaparición de las estructuras corporativas de organización de intereses, aquí éstas sobrevivieron de modo particularmente vigoroso en nuestra estructura sindical. El modelo de organización sindical edificado durante los primeros quince años que Vargas estuvo en el poder, y que en gran medida permaneció intacto hasta 1988, produjo una dinámica particular: la fuente de poder de los sindicatos, basada en un amplio aparato jurídico-institucional (Carta Sindical, Justicia del Trabajo, Impuesto Sindical) dependiente del Estado, les confirió una gran autonomía en relación a las bases de los trabajadores que debían representar. El monopolio de la representación y el impuesto sindical dotaron a los sindicatos de una autoridad jurídica y de recursos materiales para contratar frente a las organizaciones patronales en nombre de todos los trabajadores (encuadrados por categorías profesionales y bases territoriales), sin la necesidad de que estos se afiliaran o ni siquiera ellos permitiesen tal representación. El Poder Normativo de la Justicia del Trabajo, por su parte, otorgando a los jueces una completa soberanía en la resolución de las contiendas entre trabajadores y patronos, eximía, y en buena medida todavía exime, a los sindicatos de la necesidad de movilizar a sus bases: las sentencias normativas suprimían la falta de acuerdos directos entre las partes, cuyos resultados estarían condicionados a la mayor o menor capacidad negociación (lo que en el caso de los sindicatos implicaría la capacidad de producir acciones colectivas: huelgas, boicots, protestas, etc.).

La persistencia durante décadas de normas rígidas y dispersoras de encuadramiento sindical, que toman el municipio como unidad mínima de representación (mínimo este que se tornó casi en la regla) y adoptan simultáneamente como criterio tanto el sector económico (por ejemplo: metalúrgico, químico, financiero) y como la categoría profesional (médico, abogado, conductores, profesores, etc.), produjo una enorme pulverización de la estructura sindical en el Brasil¹. Esta extrema pulverización, asociada a las "garantías" representadas por la unidad

y por el impuesto sindicales, favoreció y favorece, cuando no determina, una forma de contratación también extremadamente atomizada. La fragilidad y la burocratización de la estructura vertical oficial, constituida por las federaciones y confederaciones, y el poder de recursos a la Justicia para la definición de las desavenencias colectivas inhibieron e inhiben fuertemente las formas de contratación más amplias, constituyendo todavía hoy un fuerte obstáculo a la consolidación de las estructuras agregadas de representación de intereses laborales, sea en la forma de las centrales sindicales existentes (de carácter todavía predominantemente horizontal), sea de las nuevas estructuras verticales, basadas en los ramos de producción.

El carácter fuertemente intervencionista del estado brasileño, consustanciado en proyectos desarrollistas, incidió no sólo sobre el rumbo del crecimiento económico, sino también sobre la propia estructuración de las relaciones sociales en Brasil. Como observa Cardoso (1992b), "el corporativismo varguista transfirió el conflicto originario entre el capital y el trabajo al interior de las estructuras estatales, el propio Estado se erigió en el *tertius* capaz de asegurar la paz, estructuralmente inalcanzable". En ese sentido, las relaciones entre capital y trabajo adquirirían aquí también un carácter público, aunque de naturaleza radicalmente distinta de la matriz socialdemócrata de estructuración de las relaciones entre capital, trabajo y Estado: allá, la publicitación de los conflictos tuvo el significado de legitimación de los intereses "particulares" en disputa por la propia conducción del Estado; aquí, esas se tradujeron en la anulación de las autonomías de intereses, que quedaban subordinados a la lógica del interés nacional (vale la pena repetir, casi siempre disfrazado de proyectos desarrollistas). Todavía en palabras de Cardoso (1992b), "el término perdió su carácter privado. Todo interés privado era posible de ser incorporado en la ecuación tripartita en que el Estado aparecía como aquél capaz de conferirle status público, otorgándose el derecho de arbitrar las diferencias en nombre de una colectividad abstracta que él mismo corporificaba".

En el plano político, el resultante de esta ecuación fue un movimiento pendular entre la incorporación subordinada de los sindicatos al juego político, característico de los gobiernos populistas (de forma notable en el segundo gobierno Vargas y en el gobierno Goulart), y su completa exclusión durante los periodos autoritarios (Estado Novo y gobiernos militares pos-64).

III. LA FORMACIÓN DE LAS CENTRALES SINDICALES

El vigoroso resurgimiento del movimiento sindical brasileño al final de los años setenta y su continua ascensión a lo largo de los ochenta pusieron de manifiesto los rasgos distintivos tanto de la ruptura con la tradición sindical pre-64, como las de sus herencias. La intensa actividad huelguística, la extensión del asociacionismo sindical al funcionariado público y la creación de las centrales sindicales (sólo para citar algunos de los acon-

(1) Según los datos del Instituto Brasileiro de Geografía y Estatística (IBGE, organismo estatal) en 1992, había en Brasil 11.193 sindicatos (no incluidas, por tanto, las asociaciones profesionales de servidores públicos, que en la práctica funcionan como sindicatos), de los cuales 8.735 son de trabajadores (empleados urbanos, profesionales liberales, autónomos y empleados rurales).

(2) Por no poder permitirme aquí desarrollar esta formulación, remitimos al lector a Prezeworski (1989); Offe (1988); Rancón (1986).

tecimientos más prominentes de este periodo) convirtieron en letra muerta, mucho antes de la promulgación de la nueva Constitución, capítulos importantes de la legislación laboral heredada de los años cuarenta³. Por otro lado, la rapidez con que el movimiento sindical se recompuso, incluso antes del fin de la dictadura militar, al punto de lograr en pocos años constituir dos centrales sindicales nacionales, se explica en gran medida, conforme observó Rodrigues (1991a), por la existencia de una estructura sindical ya sólidamente establecida y que conservaba esencialmente las características de aquella misma legislación. Los gobiernos militares brasileños, a pesar de haber ejercido un fuerte control sobre los sindicatos no los suprimieron, y permitieron que las principales corrientes militantes permaneciesen organizadas. La tensión provocada por la coexistencia de impulsos innovadores en el plano de la acción y de la organización sindical y la persistencia de innumerables aspectos de la vieja estructura corporativa marcaron el sindicalismo brasileño en la década de los ochenta y estuvieron en la raíz de los principales clivajes que llevaron a su división en dos centrales.

Los llamados sindicalistas "auténticos" repudiaban la intervención del Estado en las relaciones entre capital y trabajo, así como en la vida de sus organizaciones; defendían la ratificación por el gobierno brasileño de la Convención 87 de la OIT, que, entre otras medidas, terminaba con la unidad sindical obligatoria⁴, eliminaba las contribuciones compulsorias⁵ - lo que en la práctica inviabilizaba buena parte de las entidades oficiales, así como federaciones y confederaciones, más allá de innumerables sindicatos sin enraizamiento en las bases — al tiempo, que significaba la extinción del poder de intervención de la Justicia del Trabajo en las contiendas y negociaciones entre patrones y empleados. Esa nueva generación de sindicalistas, que surgió en los sectores más modernos de la economía brasileña (industria automovilística, química, bancos y servicios públicos, entre otros) alineada con los sectores de izquierda de la Iglesia Católica⁶ y los pequeños grupos de ultra-izquierda, de orientación leninista y troskista, fundarían juntos, en 1983, la Central Única de los Trabajadores (CUT).

Los viejos burócratas (pelegos) y los sindicalistas ligados a los partidos comunistas se oponían a cualquier alteración de fondo en la legislación corporativa. Defendían, en la práctica, una liberalización del sistema sindical que redujese el poder de interferencia del estado sobre los sindicatos, pero que mantuviese su status quo, basado en la unidad compulsoria, en las contribuciones financieras obligatorias y en el primado de la Justicia de Trabajo. De esta alianza de pelegos y comunistas surgió, también en 1983, la CONCLAT, posteriormente rebautizada como Central General de los Trabajadores (CGT).

Desde el punto de vista político, la composición interna de la CUT resultó más homogénea que la CONCLAT/CGT. Las fuerzas que dieron origen a la CUT compartían un rechazo gené-

rico al capitalismo como modelo de organización social, al mismo tiempo en que recusaban la matriz comunista del socialismo, encarnada básicamente por las experiencias del Este Europeo. Esa "homogeneidad" en el plano ideológico se reflejaba nítidamente en el plano partidario por la adhesión cuasi unánime de los sindicalistas cutistas a un mismo partido, el Partido dos Trabalhadores (PT), cuyas bases sociales, en gran medida, coincidían con las de la central. Esto permitió que la central consolidase un repertorio programático relativamente coherente y duradero, centrado en la libertad y en la autonomía sindical, en la defensa del Estado y de los servicios públicos, en la distribución de la renta y en la reforma agraria, embalados en un discurso difusamente socialista (en la práctica, un programa de tipo reformista). Desde el punto de vista de la dinámica institucional, esta relativa homogeneidad permitió la formación de una corriente hegemónica, que hasta hoy controla las principales instancias de dirección de la central, corriente conocida como Articulación, de inclinación más moderada y comandada por los dirigentes de los mayores sindicatos, sin que ello conllevara escisiones significativas.

En el interior de la CGT habitaban desde viejos burócratas, con vínculos pretéritos con el régimen militar, hasta comunistas, nacionalistas radicales y sindicalistas alineados con las orientaciones de la AFL-CIO americana. Esa enorme heterogeneidad de las orientaciones políticas se traducía en el plano partidario por la multiplicidad de vínculos que se extendía a casi todos los partidos políticos, de la izquierda y de la derecha. La gran incompatibilidad de los proyectos políticos llevó a la central a tener un discurso y una práctica errática, ora aproximándose al mayor radicalismo de la CUT, ora sumándose francamente a posturas conciliadoras tanto con el gobierno como con la patronal. Eso impidió que una corriente hegemónica se consolidase y fuese aceptada como tal por las demás corrientes y el resultado, como veremos, fue la rápida fragmentación de esta central.

IV. ESTRUCTURACIÓN Y ACCIÓN POLÍTICA EN LOS AÑOS OCHENTA

a) El dilema organizativo

Las diferencias que marcaron la división del movimiento sindical en el inicio de los ochenta tendieron a agravarse durante la Nova República⁷, periodo en el que las centrales intentaban consolidarse, ampliando sus bases, y legitimarse ante la sociedad, el Estado y la patronal como representantes de los trabajadores. Ese esfuerzo de legitimación provenía de la extrema juventud de las centrales, que, todavía sin contar siquiera con el reconocimiento legal, precisaban mostrar su real capacidad de movilización y de liderazgo sobre las bases de trabajadores que pretendían representar y que disputaban tenazmente entre sí. Esa capacidad de liderazgo era (y en buena medida todavía es) doblemente problemática, en función, primero de la fragilidad de los lazos que vinculaban los sindicatos a las centrales y,

(3) Como es sabido, la legislación sindical vigente hasta 1988 prescribía procedimientos tan inusuales para la realización de huelgas que en la práctica eran casi todas ilegales. Más allá de eso, negaba el derecho a sindicalización a los funcionarios públicos, vetaba la formación de centrales sindicales y prohibía a los organismos sindicales establecer vínculos con las centrales y federaciones internacionales.

(4) La legislación sindical brasileña solo permite la existencia de un único sindicato por base territorial (generalmente municipal) para cada categoría profesional.

(5) Todo trabajador brasileño, sindicado o no, tiene un día de salario descontado al año para sostener los sindicatos oficiales.

(6) Es importante recordar que en Brasil se desarrolló un fuerte movimiento de izquierda dentro de la Iglesia Católica, conocido como la Teología de la Liberación.

(7) Así se conoce al gobierno civil de transición (1985-1990), presidido por José Sarney, político conservador y antiguo aliado de los militares.

segundo, porque la propia representatividad de estos sindicatos frente a sus bases de trabajadores era frecuentemente precaria, lo que se expresaba -al menos en parte- en las bajas tasas de sindicalización de buena parte de los sindicatos brasileños⁸.

La fragilidad del primer eslabón (sindicatos/centrales), que interesa aquí resaltar, deriva de la propia forma como las centrales se constituían, esto es, básicamente sobreponiéndose a la estructura sindical existente y en funcionamiento. Los sindicatos oficiales, por ser únicos en sus bases, controlaban las fuentes de recursos y poseían la concesión legal de contratación laboral, lo que les otorgaba un alto grado de autonomía frente a las centrales: a ellas se adhieren o a lo sumo se afilian, pero no se convierten en parte orgánica de su estructura. Por el contrario, son los sindicatos, en especial los grandes y los más sólidamente implantados en categorías de peso económico y social, los que prestan a las centrales su poder de movilización y de negociación, sus recursos financieros, cuadros técnicos y militantes, en definitiva, la base material y política que hace posible su existencia.

Esta es la explicación de por qué el primer esfuerzo de las centrales fue realizado para atraer el mayor número de entidades sindicales para su "campo de influencia". Aún siendo los vínculos tenues, lo importante era demostrar la capacidad aglutinadora y así adquirir las credenciales de interlocutores de la parcela de trabajadores que estos sindicatos supuestamente representaban. Para los sindicatos, como se ha señalado, el costo de afiliación era bastante bajo en la medida en que no afectaba a su autonomía de acción. Esto explica porque las dos primeras centrales de los años ochenta nacieron tan grandes, "representando" cada una cerca de más de mil sindicatos (medible solamente por la presencia de algún o algunos de sus miembros en los congresos de las centrales) y millones de trabajadores (es decir, todos aquellos comprendidos por las bases de estos sindicatos, afiliados o no). Con todo, la adopción de un modelo organizativo con esta flexibilidad, si por un lado fue funcional para la aglutinación de sindicatos, por otro privó a las centrales sindicales del poder efectivo de liderazgo sobre los sindicatos (y por extensión sobre los trabajadores que estos representaban), confiriendo a sus orientaciones un carácter más político que sindical.

Las diferencias que separaban los métodos políticos internos de cada central condicionaron sus esfuerzos de crecimiento y enraizamiento junto a los sindicatos. Originalmente, como se ha dicho, las dos centrales se organizaron como agrupamientos fluidos de dirigentes y militantes sindicales, sin establecer vínculos orgánicos con los sindicatos.

A partir sobre todo de su III Congreso (1988), la CUT intenta emprender la tarea de hacer más orgánica la relación con los sindicatos que componían su base de sustentación. A partir de entonces la afiliación formal⁹ de los sindicatos se convirtió en condición obligatoria para la participación de sus miembros en las instancias directivas y deliberativas de la central, estableciéndose mecanismos de control y sanción sobre los mismos,

buscándose dividir el peso del sustento financiero de la central -normalmente a cargo de unos pocos y grandes sindicatos-, así como reforzar las direcciones sindicales frente a las oposiciones y establecer reglas de estímulo a la sindicalización. Estas transformaciones se traducían, en un corto periodo de tiempo, en un notable incremento del número de sindicatos formalmente afiliados a la CUT, que pasaron de 450 en septiembre de 1988 a 1.117 en junio de 1990, un crecimiento del 150% en menos de dos años (Rodrigues et alii, 1991).

Obsérvese que, buscando romper con el patrón fluido de organización que caracteriza su origen, el esfuerzo de estructuración institucional de la CUT, al mismo tiempo que intentó revertir la dinámica atomizada de la estructura sindical brasileña en favor de las instancias agregadas, buscó reforzar el poder de los sindicatos oficiales, opción que explica, al menos en parte, tanto el rápido ascenso de la central, como algunas de las dificultades que ella enfrentaba hoy para su efectiva consolidación, tal como intentaré discutir al final del artículo.

Las informaciones disponibles sobre la CGT son bastantes más escasas de las que se tienen respecto a la CUT. Todo parece indicar que los vínculos de la CGT con los sindicatos que afirmaban representar eran todavía más tenues que en el caso de la CUT, no pasando de ser, en la mayor parte de los casos, algo más que adhesiones a título individual de dirigentes o militantes a la central, sin mayores implicaciones en términos de una efectiva afiliación por parte de sus sindicatos.

Esa hipótesis tiene visos de confirmarse. Aunque los dirigentes de la CGT declarasen a la prensa que la central representaba, en 1986, cerca de 1.400 sindicatos (número de entidades que estarían representadas en su congreso de fundación) el censo sindical del IBGE, de 1988¹⁰, revelaba que apenas 327 sindicatos se declaraban afiliados a la central, sugiriendo así que buena parte de los sindicalistas que se presentaban en los congresos de la CGT no llevaban consigo el apoyo institucional de sus sindicatos. Un ejemplo bastante expresivo de este hecho es que ni siquiera el sindicato de los metalúrgicos de Sao Paulo, principal base de la CGT en los años 80, jamás fue afiliado o hizo cualquier consulta a sus bases de trabajadores para decidir su afiliación.

En resumen, desde el punto de vista de la estructuración organizativa de este periodo (segunda mitad de los años ochenta), las dos centrales sindicales recorrían caminos muy diferentes. La CUT, especialmente a partir de su III Congreso Nacional, pasó por un proceso de estructuración institucional, a través del cual se profundizaron los vínculos de sus sindicatos y oposiciones sindicales con las estructuras verticales y horizontales de la central, más allá de las inclinaciones puramente personalistas de sus dirigentes y de las divisiones políticas internas. La CGT, al contrario, mantuvo una estructura organizativa extremadamente fluida, en la que los dirigentes de los sindicatos permanecieron como el principal eslabón, y tal vez único, de contacto entre las entidades de base y la central, lo que sin duda contribuye a la explicación de la rapidez con la que esta central se diluyó, al final de los ochenta, cuando sus principales líderes entraron en conflicto.

(8) La estructura sindical brasileña, como ya se ha mencionado, está bastante pulverizada. Los grandes sindicatos de los mayores centros económicos muestran tasas de sindicalización bastante elevadas (por encima del 50%), pero la mayoría de los sindicatos son pequeños y poseen poca capacidad de persuasión. Aunque sean precarias las fuentes de información en este respecto, es posible estimar que la tasa de sindicalización en Brasil está en torno del 25%.

(9) La afiliación formal implica consulta supervisada por los dirigentes de la central a los trabajadores que el sindicato representa a través de asamblea o plebiscito con quórum mínimo definido por los estatutos del sindicato. Además de esto, los sindicatos quedan obligados a una contribución financiera para la central equivalente al 5% de sus gastos, cuyo incumplimiento puede conllevar la suspensión temporal o definitiva de afiliación de los sindicatos.

(10) La investigación sindical del IBGE consiste en un levantamiento oficial de informaciones realizado en todos los sindicatos del país.

b) Las centrales y la Nueva República

El periodo de la Nueva República (1985-1990), estuvo marcado, por un lado, por la reorganización institucional del país, que tuvo en la Asamblea Nacional Constituyente uno de sus puntos culminantes, y, de otro, por las tentativas de estabilización económica asentadas fundamentalmente en planes económicos, que buscaban el pacto social. El desempeño de las centrales en este periodo guarda estrecha relación con el comportamiento diferenciado que ellas presentan frente al sistema político y a las políticas económicas gubernamentales (paquetes económicos, políticas salariales y pactos sociales).

Durante este periodo, la CUT mantuvo un comportamiento sistemáticamente opositor, enfrentándose a todos los planes de estabilización económica realizados por el gobierno, estimulando junto a sus sindicatos una política agresiva de recuperación de pérdidas salariales provocadas por estos mismos planes, rechazando las iniciativas de pacto social y privilegiando la convocatoria de huelgas generales como instrumento de protesta contra las políticas gubernamentales.

Es importante notar que los sindicalistas aglutinados en la CUT formaban parte de los sectores más a la izquierda de la oposición al régimen militar, los cuales, derrotados en la campaña por las elecciones presidenciales directas (1984), quedaron fuera de la coalición que dio origen a la Nueva República. Tal y como observó O'Donnell (1988), el diseño político confeccionado por los sectores moderados de la oposición (principalmente el PMDB) y por los sectores disidentes del bloque gubernamental (PFL), conocido como la Alianza Democrática, que llevó a la Presidencia de la República por medio de un Colegio Electoral a la candidatura Tancredo Neves/José Sarney, aisló del proceso de transición a los sectores más a la izquierda del espectro opositor (principalmente el PT, pero también el PDT, cuyo principal líder, Leonel Brizola, era fuertemente hostilizado por los militares). Frente a este diseño, los sectores opositores (entre ellos la CUT), que habían concentrado todos sus esfuerzos en la campaña de las elecciones directas para la presidencia, se apartaron del nuevo gobierno y constituyeron desde los inicios la oposición.

Los sindicalistas ligados a la CGT, cuyos vínculos partidarios se concentraban en el PMDB y/o en los agrupamientos políticos en aquel momento bajo la cobertura legal de este partido (como es el caso, por ejemplo, de los dos partidos comunistas y del MR-8), y que consecuentemente habían prestado su apoyo a la Alianza Democrática, mantuvieron una posición oscilante, unas veces moderada y negociadora, procurando capitalizar los "aciertos" del gobierno (como fue el caso del Plan Cruzado¹¹, que le rindió popularidad durante algunos meses), otras aproximándose a la CUT en la organización de jornadas de protesta contra las políticas de contención salarial. Hasta mediados de 1987, la CGT tendió más a la posición de aproximación de la CUT, teniendo incluso la co-participación de la huelga general del 12 de diciembre de 1986, en protesta contra la puesta en marcha del Plan Cruzado II¹², aunque manteniendo una postura

más moderada, sobre todo frente a las tentativas de pacto social. Con el ascenso de los llamados "sindicalistas de resultados", corriente afín al sindicalismo norteamericano, en el interior de la central, a partir de 1987, la CGT procuró de modo más ostensible diferenciarse de la central rival -que se expandía velozmente-, adoptando una estrategia más negociadora.

La coyuntura económica del periodo de la Nueva República estuvo marcada por la elevación del fenómeno inflacionario, aliada a las tasas de crecimiento económico inicialmente altas pero decrecientes. Esta combinación resultó en tasas de desempleo relativamente estables en niveles tolerables y en el agravamiento del conflicto distributivo, en función de la caída de los salarios reales.

Esta combinación de factores (caída de los salarios, crecimiento explosivo de la inflación y niveles de desempleo relativamente bajos) colabora fuertemente para explicar el intenso activismo sindical y huelguístico que caracteriza el periodo. Entre 1978 y 1989 se dieron en Brasil 12.673 huelgas, implicando a 53.464.989 trabajadores¹³, concentradas especialmente en el periodo 1986-1989, lo que hace de Brasil el país con mayor índice de conflictos huelguísticos en el mundo durante este periodo (Noronha, 1992). Aunque no se pueda decir que este enorme volumen de huelgas se debiese a una estrategia deliberada de la CUT porque, como ya se dijo, las centrales tenían un limitado poder de influencia sobre los sindicatos, el hecho es que la diseminación de la práctica huelguística como vehículo de reivindicación e instrumento de negociación de los sectores de trabajadores más organizados o en proceso de organización, se convirtió en la estrategia más agresiva defendida por la CUT y practicada por los grandes sindicatos a ella vinculados, reforzándose de esta manera la posición de esta central en el escenario sindical.

La depreciación de los salarios, principal motor de las huelgas en el periodo, según el estudio de Noronha (1992), no se originaba apenas en el fenómeno inflacionario, que enfrentaba directamente a empleados y patronos, sino también de las políticas de combate a la inflación, que -con la excepción parcial del Plan Cruzado- se apoyaron en políticas salariales severamente restrictivas. El fuerte impacto negativo de los planes de ajuste económico sobre los salarios hizo que cada vez más el gobierno federal se volviese el principal interlocutor de los sindicatos de los trabajadores y principalmente de las centrales. En este terreno, el comportamiento de las centrales sindicales tendió a diferenciarse de forma creciente.

Las iniciativas de "pacto social" salpicaron todo el gobierno Sarney, reapareciendo siempre en los intervalos entre el fracaso de un plan y la edición del siguiente. Las agendas de negociaciones postpuestas por el gobierno eran en general vagas, y a veces no contemplaban siquiera la política salarial, y excluían siempre de la negociación las cuestiones centrales del proceso de gestión económica, que se mantuvieron como monopolio de los equipos que ocuparon los ministerios de Hacienda y de Planificación.

Frente a las iniciativas del pacto, la CUT asumió una postura belicosa, resaltando, en los momentos en que comparecía, que no lo hacía con el objetivo de negociar, sino de presentar sus reivindicaciones. Las pautas de reivindicación colocadas en la

(11) El plan Cruzado fue una de las innumerables tentativas de estabilización económica de la Nueva República. Se basaba fundamentalmente en el congelamiento de los precios y duró apenas nueve meses. Concluido el congelamiento legal de precios la inflación volvió a acelerarse, alcanzando cotas de dos dígitos mensuales.

(12) Plan que puso fin al congelamiento de los precios defendido por las centrales sindicales.

(13) Fuente: NEPP/UNICAMP.

mesa por la central casi siempre extrapolaban la estricta agenda de los temas admitidos por el gobierno, dejando claro que había un abismo entre las intenciones del gobierno y las de la CUT. El instrumento privilegiado por la CUT en este periodo para contraponerse a las políticas económicas fueron las huelgas generales. Durante el periodo de la Nueva República, la CUT encabezó tres huelgas generales, todas relacionadas con los planes económicos gubernamentales.

En el interior de la CGT, como ya se dijo, los líderes en ascenso del "sindicalismo de resultados" perseguían sistemáticamente una línea de actuación que los diferenciase de la central rival. Frente a políticas perjudiciales para los asalariados, la estrategia de estos sindicalistas no podía adquirir el carácter de apoyo al gobierno, pero tampoco confundirse con la oposición característica de la CUT. Incluso habiendo apoyado sistemáticamente las huelgas, con la punta de lanza del Sindicato de los Metalúrgicos de Sao Paulo, los dirigentes de la CGT procuraban destacar en su discurso público el repudio a las estrategias más conflictivas de la CUT, abogando por la revalorización del diálogo y de la negociación entre patrones y empleados y buscando presentarse como la alternativa "responsable" en el escenario sindical. Esa estrategia de diferenciación adoptada por el ala más conservadora de la CGT intensificó los conflictos con los sectores más a la izquierda en la central, y de esa tensión resultaría el comportamiento ambivalente de la CGT.

Frente a la primera iniciativa de pacto social, a final de 1985, la CGT, aunque con un discurso más moderado que el de la CUT, siguió los pasos de esta, eludiendo cualquier compromiso directo con las políticas adoptadas por el gobierno. Inmediatamente después de la puesta en marcha del Plan Cruzado, la CGT -así como la CUT- manifestó su oposición a la fórmula salarial empleada, pero una semana después, frente a las manifestaciones de adhesión popular, declaró su apoyo al plan. Con posterioridad al Plan Cruzado II, que ponía fin al periodo de popularidad del gobierno Sarney, la CGT co-patrocinaba la huelga general de diciembre de 1986. A partir de 1987, como reflejo del ascenso del ala más conservadora, la CGT empezaba a distanciarse de la CUT, asumiendo una creciente disposición al diálogo con el gobierno. Las tres principales tentativas de negociación tripartita que surgieron -enero de 1987, junio/noviembre de 1988 y junio de 1989- estuvieron marcadas por la ausencia casi completa de la CUT e, inversamente, por la intensa implicación de los dirigentes de la CGT, que a partir de entonces invertirían cada vez menos en jornadas de protesta y huelga.

c) El saldo de la década

El resultado de la actuación de las dos centrales revela que ni la estrategia de la CUT, que privilegió las acciones de reivindicación y protesta, ni la de la CGT, que privilegió la participación en los foros de negociación tripartitos, aseguraron al movimiento sindical una influencia efectiva sobre la formulación de las políticas gubernamentales en el plan económico, mostrando en parte la fragilidad de las propias centrales y en parte la persistencia, durante la Nueva República, de las modalidades autoritarias de formulación de políticas económicas y la impermeabilidad del Estado brasileño a las influencias de los sectores organizados de la sociedad.

La actuación de los sindicatos en este periodo, con todo, cumplió un importante papel al ofrecer resistencia a las políticas gubernamentales y al, por lo menos, reducir las pérdidas de los asalariados (en este particular las huelgas fueron un elemento ciertamente decisivo). En este terreno, la CUT fue capaz de capitalizar mucho más eficazmente la insatisfacción de los sectores más organizados de los trabajadores con el fracaso de los sucesivos planes económicos y con el agravamiento de la crisis. En primer lugar, porque su comportamiento de oposición sistemática la desvinculó completamente de la performance del gobierno; y en segundo, -y tal vez sea este el aspecto más importante- por el hecho central de haber vinculado consigo un gran número de sindicatos y categorías económicas importantes (metalúrgicos, bancarios, petroleros, químicos y funcionarios públicos, en especial trabajadores de la salud y de la educación), que marcaron la tónica de las campañas por la reposición salarial, obteniendo conquistas que posteriormente se generalizaron para otros segmentos con menor poder de presión sindical. Por el contrario, el completo fracaso de las iniciativas de pacto social, con las cuales la CGT, particularmente su ala más conservadora, estuvo progresivamente comprometida, expuso a esta central a constantes desgastes frente a la opinión pública y agudizó sus conflictos internos.

La mayor solidez de los lazos políticos y la relativa fluidez de los mecanismos de acceso de los dirigentes sindicales a las instancias de poder de la CUT permitían que entre las corrientes internas que forman la central se desarrollase una política unitaria y agresiva de conquista de sindicatos ya existentes y de creación de otros nuevos. El saldo fue un notable crecimiento de la central que de 284 sindicatos afiliados, en 1986, pasó a 1.117 en 1990.

La CGT, por el contrario, llegó al final de la década devastada. Los frágiles lazos que unían a las corrientes que en ella habitaban -corporificados principalmente en la defensa de la estructura sindical y en el combate a la CUT- comenzaban a romperse definitivamente con el ascenso de los sindicalistas de resultados. Los datos del IBGE demuestran que la CGT, al contrario que la CUT, vivió al final de la década un claro periodo de estancamiento, proceso agravado por las divisiones que sufrió. Entre 1988 y 1990 el número de sindicatos afiliados a la CGT no sólo no aumentó (permaneciendo próximo a los 320) sino que además la central se dividió en dos (manteniendo ambas la nominación CGT).

En 1991, el ala más conservadora de la CGT originó una nueva central sindical, la Forza Sindical (FS), mientras que los comunistas ingresaban en la CUT, inaugurándose así una nueva fase en la reciente tradición de polarización del movimiento sindical brasileño, aunque ahora sobre las importantes transformaciones ocasionadas en el escenario económico por el gobierno Collor. Esto se analizará a continuación¹⁴.

V. CUT Y FORZA SINDICAL: LA NUEVA POLARIZACIÓN

La campaña presidencial de 1989 anunció con nitidez la nueva división de campos sobre la que se organizaría el movimiento sindical brasileño en la década del noventa. En torno a la

(14) Las dos CGTs siguen existiendo en la actualidad, aunque controladas por un número muy reducido de sindicatos, razón por la cual a continuación sólo me ocuparé de la CUT y la FS.

candidatura de Luis Inacio Lula da Silva, del PT, se alinearon ya en el primer turno de la elección prácticamente todas las corrientes de izquierda del sindicalismo brasileño (todas las que componían la CUT, más los comunistas). Al lado de Fernando Collor de Mello, estaban los principales dirigentes del llamado sindicalismo de resultados, que poco después crearían la FS.

El fracaso de la CGT, con la aproximación de los comunistas a la CUT y la ascensión de los sindicalistas de resultados, fundadores de la Forza Sindical, marca en el plano de las centrales sindicales el declive de la polarización que oponía el nuevo sindicalismo al sindicalismo tradicional (representado por las tradiciones comunista, nacionalista y asistencialista), y que tenía en la estructura sindical y en la disputa por la hegemonía en el interior de las izquierdas (particularmente entre los PC's y el PT) dos puntos cruciales de estructuración. La nueva línea divisoria que se cristaliza en los años noventa opondrá, por un lado, sindicalistas identificados con proyectos de transformación social, de tipo socialdemócrata, socialista o comunista y, de otro, lo sindicalistas de resultados, afines a plataformas de tipo neoliberal.

A despecho del pretendido "apoliticismo" y "apartidismo" de Forza Sindical, y su surgimiento, empujando las banderas tradicionales de la derecha liberal (defensa del capitalismo, del libre mercado, del lucro, de la apertura comercial, del Estado mínimo, de las privatizaciones, etc.), se politizó, de una manera integralmente innovadora, el escenario sindical. La Forza Sindical representó una tentativa de ruptura con la tradición comunista y socialista, pero también con la tradición burocrático y asistencialista del sindicalismo.

En el caso de la aproximación de los comunistas a la CUT, pienso que dos factores -más allá de la inflexión a la derecha de la CGT- fueron decisivos. La aproximación de los partidos comunistas al PT, inaugurada en las elecciones municipales de 1988 y reiterada en las siguientes, estableció una tregua en las disputas entre las fuerzas de izquierda, bastante conflictiva hasta mediados de los ochenta. El continuo crecimiento del PT, que al final de los años 80 se confirmaba como el mayor partido de izquierda de Brasil, y la descaracterización del PMDB como "frente opositor", sobre todo a partir de la escisión de la que nace el PSDB, fueron sin duda decisivos para la reorientación de las políticas de alianza tanto de comunistas como de petistas, favoreciendo la aproximación también en el plano sindical. Ya las antiguas divergencias relativas a la estructura sindical, que los separaban, perdieron la centralidad que poseían en el momento de la formación de las centrales, a mediados de los ochenta, principalmente porque la CUT terminó moldeando su propio esqueleto institucional a la estructura oficial, aunque otorgándole un nuevo dinamismo e hasta incluso agregándole nuevas formas institucionales, como las comisiones de fábrica, los departamentos profesionales, y sus propias federaciones y confederaciones, sin vínculos con las estructuras verticales oficiales.

Como resultado de estos reacomodos, la CUT pasa a enfrentar en los años noventa la competición de una adversaria con mayor grado de cohesión interna, con un liderazgo claramente consolidado, con un proyecto político definido y visceralmente antagónico al suyo y, finalmente, aliada a los poderosos agentes del sistema político, de los medios empresariales y de las comunicaciones de masas. A pesar de esto, su hegemonía en el escenario sindical nacional, fruto del saldo conquistado a lo largo de la década anterior y de las recientes adhesiones, nunca fue tan

nítida. Las tablas 1 y 2 ofrecen un cuadro comparativo aproximado de las bases sindicales que componen la CUT y la FS, tomando como variables básicas su implantación en las regiones del país y en los grandes sectores productivos¹⁵. Como parámetro de referencia, acompañan a los datos de las dos centrales los números sobre el universo de sindicatos brasileños extraídos por la Pesquisa Sindical del IBGE de 1990, la más actual que se dispone.

Como se puede ver claramente en la Tabla 1, las diferencias entre las dos centrales son bastante nítidas. Los casi dos mil sindicatos afiliados a la CUT en 1993 están distribuidos por las grandes regiones del país de forma bastante semejante a la del universo de sindicatos existentes. En este particular y a juzgar por la presencia de delegados a su Congreso de Fundación, los 783 sindicatos que la Forza Sindical decía representar en 1991 se encontraban fuertemente concentrados en la región Sudeste, poniéndose en evidencia, en contrapartida, su escasa penetración en las regiones Norte, Centro-Oeste y Nordeste.

Tabla 1:

Composición de las centrales sindicales, por entidades afiliadas y regiones geográficas (Brasil 1990-1993).

Regiones	Centrales Sindicales					
	CUT (1)	%	FS(2)	%	Brasil	%
Total	1.917	100,0	1.158	100,0	6.675	100,0
Norte/centro-oeste	381	19,9	102	8,8	883	13,2
Nordeste	585	30,5	102	8,8	1.956	29,3
Sudeste	600	31,3	765	66,1	2.079	31,3
Sur	351	18,3	189	16,3	1.757	26,3

Fuente: *Desemp/cut; Rodrigues y Cardoso (1993).*

(1) *Sindicatos afiliados en junio de 1993.* (2) *Delegados presentes en el Congreso de Fundación (1991).*

También en lo que se refiere al perfil de las bases de las centrales en términos de los grandes sectores económicos (tabla 2) se nota una implantación mucho más diversificada de la CUT. De las bases de Forza Sindical, casi dos tercios proceden del sector industrial, siendo la mitad de estos metalúrgicos. En contrapartida, es prácticamente despreciable en esta central la presencia de sindicalistas rurales, sector económico al cual pertenece un tercio de los afiliados a la CUT. Del mismo modo, es bastante reducida la presencia de funcionarios públicos en la Forza Sindical, segmento en el que la CUT es igualmente expresiva¹⁶.

(15) Estos datos son de hecho "aproximaciones" porque infelizmente tuve que recurrir a fuentes de naturaleza distinta. En el caso de la CUT, las informaciones sobre los sindicatos afiliados están actualizadas y son confiables, ya que corroboran los datos del IBGE. Para la FS, la única fuente de datos disponibles es el levantamiento efectuado por Rodrigues y Cardoso (1993) en el Congreso de Fundación de la central. El problema de estos datos es que ellos se refieren al perfil de los delegados y no al de los sindicatos, lo que probablemente distorsiona la representatividad sectorial y regional del Congreso.

(16) El minúsculo porcentaje de sindicatos de funcionarios públicos encontrado por el IBGE en 1990 (menor que el número de entidades que aparecen afiliadas a la CUT) se debe, en primer lugar, al hecho de que solamente a partir de la promulgación de la nueva Constitución, en octubre de 1988, éstos adquieren el derecho a la creación de sindicatos, por lo que importantes categorías hace tiempo ya organizadas en asociaciones profesionales no optaron por transformarse en sindicatos oficiales. El IBGE no considera en sus datos estas asociaciones, no obstante, para las centrales éstas poseen status de sindicatos. En segundo lugar, es importante recordar que buena parte del funcionariado público, inclusive por el hecho de haberse organizado al margen de la legislación laboral, se compone de bases provinciales y nacionales, lo que reduce en mucho el número de sus entidades representativas, al contrario de las demás categorías, que se organizan prioritariamente sobre bases municipales.

Tabla II:

Composición de las Centrales Sindicales, por entidades afiliadas y ramo de actividad. Brasil 1990-1993.

Ramos	Composición de las centrales sindicales, por entidades.					
	CUT(1)	%	FS(2)	%	Brasil	%
Total	1.917	100,0	1.147	100,0	6.183	100,0
Industria	420	21,9	692	60,3	1.396	22,6
Comercio y Servicios	672	35,1	327	28,5	1.541	24,9
Funcionariado						
Público	158	8,2	33	2,9	43	0,7
Rurales	635	33,1	40	3,5	2.844	46,0
Otros (3)						

Fuente: *Desep/CUT; Rodrigues y Cardoso (1993).*

(1) Sindicatos afiliados en junio de 1993. (2) Delegados al Congreso de Fundación en 1991. (3) Incluye profesionales liberales.

En términos generales, a partir de estos datos es posible afirmar que la CUT es hoy una central sindical nacional, con bases sentadas en todas las regiones del país y que expresan de modo más o menos equilibrado en el plano sindical la diversidad de segmentos sociales y económicos que componen la fuerza de trabajo en Brasil (excluidos los trabajadores del sector informal urbano). Ya la Forza Sindical surge como una central de implantación limitada, concentrando sus bases en un pequeño número de sectores industriales, particularmente los de la industria metalúrgica, de donde provienen sus principales dirigentes¹⁷.

VI. NUEVAS ESTRATEGIAS Y LÍMITES PARA LA CONSOLIDACIÓN DE LAS CENTRALES SINDICALES

a) Transformaciones en los patrones de acción del sindicalismo cutista

La elección de Collor marcó el inicio de un periodo de cambios políticos y económicos que produjeron fuertes impactos sobre el movimiento sindical. El primer presidente electo por el voto directo en treinta años, Collor, asumió la dirección del gobierno federal cargado de una legitimidad política que carecían sus antecesores y provocando una fuerte expectativa popular y de apoyo de los sectores empresariales y de los medios de comunicación.

El programa de reformas económicas de Collor combinó medidas de tipo heterodoxo (congelamiento de precios y confiscación de activos financieros) con medidas de tipo neoliberal: privatizaciones, apertura comercial y reducción del déficit

público. Los resultados inmediatos de esas políticas impusieron serias limitaciones al movimiento sindical, especialmente a los patrones más agresivos de acción privilegiados por el sindicalismo cutista en la década anterior. La ruta descendente del crecimiento económico, que ya se verificaba en los últimos años del gobierno Sarney, era profundizada, llevando al país a la peor recesión económica de su historia: según el IBGE, entre 1990 y 1992 el PIB per capita brasileño se redujo, en términos reales, un 9,9% en relación a 1989; el salario mínimo nacional involucionó hasta cerca del 40% de lo que valía al final del gobierno anterior; y, según SEADE/DIESSE, las tasas de desempleo en la principal región industrial del país, el gran Sao Paulo, alcanzaban cotas hasta entonces desconocidas, llegando a mediados de 1992, a más del 15% de la fuerza de trabajo. El impacto de la recesión sobre el movimiento sindical puede ser evaluado por la drástica reducción de la actividad huelguística, principal instrumento de negociación en los años ochenta. Según los datos del DESP/CUT, en 1989 fueron registradas en Brasil 1.548 huelgas, implicando a más de 10 millones de trabajadores; en 1990, fueron 2.200 huelgas y 12.300.000 huelguistas; en 1991, estos números declinan respectivamente para 789 y 9.200.000; en 1992, para 568 y 2.900.000 (DESEP, 1993).

El programa de privatizaciones, aunque fuese blanco de una intensa oposición de la CUT (así como de los partidos de izquierda y de las dos CGTs), fue llevado a cabo, alcanzando algunos de los principales sectores industriales controlados por el Estado y no protegidos por la Constitución, destacándose la siderurgia y la petroquímica. La Forza Sindical asumió, desde su fundación (marzo de 1991), una posición favorable al programa de privatizaciones, procurando abrir, a veces con éxito, brechas en las bases sindicales controladas por la central sindical.

Desde el principio de su gobierno, Collor dejó claro que pretendía promover a los líderes emergentes del sindicalismo de resultados como sus principales interlocutores en el ámbito sindical. La reciprocidad del vínculo no era menos intensa: los principales dirigentes de la FS ofrecieron un entusiástico apoyo a las medidas adoptadas en el plan económico del gobierno y permanecieron a su lado prácticamente hasta las vísperas de su cese en septiembre de 1992.

Ese conjunto de factores -legitimación del núcleo central del poder político, agravamiento sin paralelo de la crisis económica y en particular del desempleo, combinado con procesos de apertura comercial y privatizaciones y, finalmente, la revitalización de la dinámica competitiva en el escenario sindical, a través de la consolidación de una nueva central - es fundamental para explicar los cambios que se operan en el comportamiento de la CUT en los años noventa. El nuevo cuadro político y económico precipitó las transformaciones que ya se venían dibujando en la CUT desde 1988, y cuyo sentido general apunta para el esfuerzo de carácter negociador de la representación sindical y, consecuentemente, para la valorización de los espacios institucionales de representación de intereses. Constituyen síntomas importantes de este cambio: la reorganización interna de la central (buscando hacer más orgánica la relación con sus sindicatos e impulsando la organización vertical de la federaciones por ramos productivos), la decisión de integrar consejos tripartitos de gestión de fondos públicos, el cambio de actitud en relación a los foros generales de negociación tripartita (como las iniciativas de pacto social que la central pasó a integrar) y la gradual

(17) Para un análisis detallado de Fuerza Sindical, consúltese Rodrigues y Cardoso (1993).

aceptación de la central para participar de las cámaras sectoriales (fóruns tripartitos de formulación de política industrial sectorial).

b) Comentarios sobre la "alternativa pragmática"

La Forza Sindical (FS) buscó afirmarse en el escenario sindical brasileño presentándose como una alternativa al patrón ascendente del sindicalismo representado por la CUT. En el discurso de sus dirigentes, la FS encarnaría un sindicalismo negociador, volcado en el mercado, no ideológico y apartidario: un sindicalismo de "resultados" o "pragmático". Este modelo sería en todo opuesto al que definían como "sindicalismo cutista": ideológico (socialista), partidario (por sus vínculos con el P, estatista (por defender mecanismos de regulación estatal sobre la economía, la preservación de las empresas públicas, etc.) y de confrontación (por preferir las huelgas a la negociación). En este sentido, la Forza Sindical surgió como una especie de "anti-CUT", que buscaba compensar su menor representatividad e implantación, ocupando espacios institucionales repudiados por la central rival a lo largo de los años ochenta, asumiendo un discurso programático afín al pensamiento empresarial y ofreciéndose al sistema político como un interlocutor confiable junto a los trabajadores. Esa "novedad" en el escenario sindical brasileño fue acogida con gran entusiasmo empresarial y por los partidos políticos sin penetración en el movimiento sindical, al igual que por los medios de comunicación, lo que en parte explica la rápida ascensión de los llamados sindicalistas de resultados y en particular su principal dirigente Luis A. Madeiros.

Las transformaciones que se vienen operando en la CUT en estos últimos años y la opción de Madeiros por la actuación en la política partidaria, pueden estar constituyendo serios obstáculos a la trayectoria de afirmación de la FS. La principal moneda de cambio utilizada por el sindicalismo de resultados -la disposición para la negociación- tiende a desvalorizarse rápidamente al sufrir, en este mismo terreno, la concurrencia directa de un actor sindical mucho más representativo y organizado. La inversión cada vez más decidida de la CUT en los espacios institucionales de negociación, formulación y gestión de políticas (públicas o sectoriales) tiende a hacer de esta central y sus sindicatos, los interlocutores privilegiados de los trabajadores frente al Estado y al empresariado. El desarrollo de las cámaras sectoriales apuntó con claridad en este sentido: todas las iniciativas importantes que redundaron en la concreción de acuerdos partieron de acuerdos con sindicatos ligados a la CUT. De modo aparentemente contradictorio, cuando la firma del primer acuerdo sectorial de la industria automovilística, la FS asumió una posición crítica y el sindicato de Metalúrgicos de Sao Caetano do Sul, controlado por esta central y en cuya base están instaladas innumerables industrias de autopiezas, se negó a firmarlo. Posteriormente, frente a los resultados positivos para los trabajadores metalúrgicos, la FS terminó por adherirse al acuerdo y a la Cámara. En las demás cámaras que prosiguieron a la automovilística la FS fue obligada a incorporarse, aunque con una actuación muy discreta si se la compara con los sindicatos cutistas.

La Forza Sindical es, todavía hoy y en gran medida, la expresión de la trayectoria de Madeiros, que ejerce un liderazgo de carácter personal e incontestable dentro de la central. A pesar de controlar sindicatos de considerable porte, como el de los

Metalúrgicos de Guarulhos o el de Osasco, la principal base de sustentación de la FS continúa siendo el Sindicato de Metalúrgicos de Sao Paulo, igualmente presidido por Madeiros. Desde su ascenso como líder sindical, a mediados de los ochenta, Madeiros viene siendo cortejado por innumerables partidos y líderes políticos, y con casi todos mantiene relaciones ocasionales — a excepción de los partidos a más a la izquierda (PT y POS), a los cuales siempre se opone duramente—. Por otra parte, el tránsito fácil e indiscriminado en el espectro político-partidario surge en el discurso de Madeiros como parte de su estrategia de sindicalismo pragmático, que rechaza vínculos partidarios orgánicos. En diversas ocasiones, Madeiros recibió y rechazó invitaciones para disputar cargos electivos, alegando que su compromiso prioritario era con la militancia sindical. No obstante, recientemente Madeiros decidió finalmente presentarse al gobierno de Estado de Sao Paulo, para lo que se afilió al Partido Progresista (PP), pequeño partido de derecha.

La implicación político-partidaria de Madeiros puso en jaque uno de los elementos estructurantes del pragmatismo sindical pregonado por la FS, el apartidismo, fuente importante de diferenciación frente a la rival CUT. Además de esto, considerando que buena parte de los dirigentes de la FS tienen inclinaciones partidarias más moderadas (puede decirse que de centro izquierda) la afiliación de Madeiros a un partido de derecha inauguró un frente de tensiones internas de las cuales la FS estuvo preservada en sus primeros años y que igualmente la distinguía de la CUT, siempre con disputas entre sus facciones políticas internas. Finalmente derrotado en las elecciones, Madeiros vio su poder de dirigencia muy debilitado.

El estilo personalista y las inclinaciones conservadoras de Madeiros causaron gran insatisfacción en el interior de la central. En el inicio de 1996 la FS firmó con el gobierno un acuerdo de reducción de derechos laborales (integralmente rechazado por la CUT) que supuestamente debería reducir los costos de contratación y estimular la creación de empleos. Ese acuerdo produjo una enorme insatisfacción en las alas más moderadas de la central que terminaron abandonando la FS y crearon un nuevo organismo sindical, que eventualmente podrá originar una nueva central. Al contrario de la tradición cuasi mundial según la cual las fuerzas de izquierda estarían condenadas a los procesos de escisión, en el Brasil son las fuerzas más conservadoras del sindicalismo las que se muestran incapaces de mantenerse unidas. A pesar de remar contra marea creciente, de cuño nítidamente conservador, las fuerzas de la izquierda aglutinadas en la CUT se han mostrado mucho más aptas a la unidad.

VII. NOTAS FINALES

Los años ochenta marcaron un periodo de ascensión cuasi continua del movimiento sindical desde el principio del ciclo de gobiernos militares, en 1964. No quedan dudas de que, a despecho de las divisiones que se cristalizaron en el interior del movimiento sindical y de sus debilidades organizativas, las centrales cumplieron un importante papel en este periodo de transición política al aglutinar y canalizar para el sistema a las banderas reivindicativas de importantes sectores de la fuerza de trabajo. Si de un lado no fueron capaces - sea a través de una estrategia conciliadora, sea a través de una postura más conflictiva- de

detener o tan siquiera de influenciar decisivamente la formulación de políticas de estabilización económica, de otro, la acción de los sindicatos más organizados, que le dieron sustentación, sirvió para aminorar sus efectos sobre los salarios, a través, principalmente, de los movimientos huelguísticos. Durante el proceso constituyente, la actuación del movimiento sindical, encabezado por las centrales, fue decisiva, asegurando la inscripción en la nueva Carta de derechos políticos y sociales. Por más fracasados que se hayan visto los intentos de pacto social llevados a cabo durante el gobierno Sarney, la forma recurrente con que se buscó el aval de las centrales a las políticas gubernamentales terminó por legitimarlas en el papel de interlocutores de los trabajadores frente al sistema político, y vale la pena subrayar, en un intervalo extremadamente corto de tiempo.

En este periodo, las centrales sindicales procuraron afirmarse a través de la conquista o de la agregación de nuevas entidades sindicales, sin que esto significase operar transformaciones generalizadas en su estructura. Hoy la mayor parte de los sectores sindicalmente organizados y los más relevantes de la fuerza de trabajo se encuentran alineados en alguna de las dos centrales, aunque con un amplio predominio de la CUT. La fase de crecimiento basada en la conquista de nuevos sindicatos se aproxima a su límite para ésta última; y los desafíos que enfrenta residen, cada vez más, en producir alteraciones cuantitativas en sus propias estructuras organizativas, incluidos los sindicatos. La Forza Sindical, por su juventud, aún puede crecer conquistando sindicatos, aunque la presencia hegemónica de la CUT, la obligará a acompañar sus pasos, sea en el plano organizativo, sea en estrategias de acción sindical, como bien demostró la experiencia de las cámaras sectoriales.

Motivados (o forzados) por las transformaciones que vienen sucediéndose en el escenario económico brasileño y, en muchos casos, fruto de su propia maduración, los principales actores capaces de producir transformaciones en el actual modelo de relaciones capital-trabajo se muestran hoy menos reticentes a que esto suceda que en el periodo constituyente (1987-1988). Experiencias concretas en este sentido ya son observables, aunque se concentren siempre en un número reducido de categorías y sectores económicos más sólidamente organizados, como bancarios metalúrgicos, parcelas del funcionariado público (destacándose las áreas de salud y educación), químicos y petroquímicos, sectores en los que, en general, la CUT es predominante. Estas son categorías que han logrado importantes avances en términos de implantación de representaciones sindicales de base, al mismo tiempo, de centralización de campañas reivindicativas y de acuerdos y convenciones colectivas (bancarios y petroleros, por ejemplo, ya lo hicieron nacionalmente). En el ámbito de la CUT, están las categorías que más han avanzado en la construcción de estructuras verticalizadas de representación (las federaciones y confederaciones de bancarios y metalúrgicos, por ejemplo, constituidas al margen de la estructura oficial, ya son reconocidas por la patronal y tienen asiento en las mesas de negociación). Todavía en el ámbito sindical, es de destacar que la Forza Sindical, rompiendo con el pasado cegetista de muchos de sus dirigentes, defiende hoy la firma de la Convención 87 de la OIT y, consecuentemente, el fin de las contribuciones obligatorias, la unidad sindical y de la interferencia normativa de la Justicia de Trabajo en las negociaciones colectivas.

Del lado empresarial también puede percibirse un cambio gradual de posición en relación a las posibilidades de cambio

en el actual modelo de organización sindical y de negociaciones colectivas. Hoy, y pese al carácter dudoso de la representatividad de muchas entidades patronales, varias de sus más importantes asociaciones vienen defendiendo, en líneas generales, el fin de la CLT y de la adopción de sistemas de contratación colectiva, aunque, obviamente, partiendo de paradigmas bastantes distintos de aquellos defendidos por los trabajadores. Al contrario de las centrales sindicales, que persiguen modelos organizativos y de relaciones entre capital-trabajo más próximos a las experiencias socialdemócratas europeas (en concreto, las de Italia y Alemania), en las que se observa un elevado grado de articulación entre los diversos niveles de organización y contratación, del lado patronal prevalece la defensa de modelos lo más descentralizados posibles y con reducida normativización jurídica sobre las relaciones de trabajo.

Pienso que, si de hecho se ampliaran las condiciones para que ocurran transformaciones en los patrones jurídicos e institucionales que rigen las relaciones capital-trabajo en Brasil, éstas podrían proceder de iniciativas oriundas del sistema político (ejecutivo y legislativo) que redunden en una reformulación inclusiva en el actual cuadro institucional, o como producto de experiencias concretas de superación del actual modelo, que podrán o no inducir, en el futuro, transformaciones en el plano legal. En el primer caso, el futuro de las centrales sindicales dependerá de forma crucial de su capacidad para obstaculizar los proyectos descentralizadores y desreguladores propuestos por el empresariado y de asegurar un conjunto de prerrogativas a la acción sindical que, al contrario de sustentar artificialmente millares de sindicatos, fuerce a una mayor centralización y una mayor densidad en la representación de los organismos sindicales (sindicatos con mayor alcance y amplitud, tanto territorial, como de las categorías representadas y, con mayor poder de intervención sobre los locales de trabajo, organismos de representación vertical por ramos productivos, etc.). En el segundo caso, aquellos sectores que hoy ya disponen de una elevada capacidad de organización y negociación y que ya protagonizaron experiencias innovadoras en relación a los patrones cegetistas podrán aumentar la distancia que los separa de los demás sectores de la fuerza de trabajo, horizonte poco prometedor desde el punto de vista de la consolidación de las centrales sindicales capaces de operar una representación de carácter más amplio e inclusivo de los intereses de los trabajadores.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

- ALMEIDA, M. H. T. de (1988). "Difícil caminho: sindicatos e política na construção da democracia". In: O'DONNELL, G. A. e REIS, F. W. (orgs.). *Democracia no Brasil: dilemas e perspectivas*. São Paulo, Vértice, pp. 327-367.
- CARDOSO, A. M. (1992). "O pragmatismo impossível: origens da Força Sindical". *Novos Estudos*. São Paulo, Cebrap, nº 32, março, pp. 165-182.
- CARDOSO, A. M. e COMIN, A. A. (1995). "Câmaras setoriais, modernização produtiva e democratização nas relações de trabalho: a experiência do setor automobilístico no Brasil". In: Bôas, G.V. e

- Gonçalves, M.A.: O Brasil na virada do século. Rio de Janeiro, Relumê/Dumará.
- DESEP (1993). *Suplemento Deseq.* São Paulo, Deseq/CUT, n. 41, abr./maio.
- HUMPHREY, J. (1982). *Fazendo o milagre.* Controle capitalista e luta operária na indústria automobilística brasileira. Petrópolis, Vozes/Cebrap.
- KECK, M. E. (1991). *P: a lógica da diferença. O Partido dos Trabalhadores na construção da democracia brasileira.* São Paulo, Ática.
- NORONHA, E. (1992). *Greves na transição brasileira.* Campinas, dissertação de mestrado, IFCH/Unicamp, 2 vols. (mimeo).
- O'DONNELL, G. A. (1988). "Hiatos, instituições e perspectivas democráticas". In: O'DONNELL, G. A. e REIS, F. W. (orgs.) *Democracia no Brasil: dilemas e perspectivas.* São Paulo, Vértice.
- OFFE, C. (1988). *O capitalismo desorganizado.* São Paulo, Brasiliense.
- OLIVEIRA, F. de (1988). "O surgimento do anti-valor". *Novos Estudos.* São Paulo, Cebrap, nº 22, out., pp. 8-28.
- PRZEWORSKI, A. (1989). *Capitalismo e social-democracia.* São Paulo, Companhia das Letras.
- RANGEÓN, F. (1986). *L'ideologie del'intérêt général.* Paris, Economica.
- RODRIGUES, L. M. (1991a). *CUT: os militantes e a ideologia.* São Paulo, Paz e Terra.
- (1991b). "As tendências políticas na formação das centrais sindicais". In: BOITO JR., A. *O sindicalismo brasileiro nos anos 80.* São Paulo, Paz e Terra, pp. 12-42.
- RODRIGUES, L. M. e CARDOSO, A. M. (1993). *Força Sindical. Uma análise sócio-política.* São Paulo, Paz e Terra.
- RODRIGUES, L. M. et alii (1991). *Retratos da CUT.* São Paulo, CUT.
- SADER, E. (1988). *Quando novos personagens entram em cena.* São Paulo, Paz e Terra.
- SINGER, P. (1987). *O dia da lagarta.* São Paulo, Brasiliense.

RESUMEN

El objetivo de este artículo es realizar un balance de la trayectoria de las principales centrales sindicales brasileñas en esta última década y media y reflexionar sobre los límites y posibilidades existentes para su efectiva consolidación como organismos centralizados de representación de los intereses de los trabajadores.

En primer lugar, el artículo menciona algunas diferencias que separan la experiencia de la formación de las centrales sindicales en los países desarrollados y en Brasil. Posteriormente se analizan el proceso de formación de las centrales sindicales, los principales *clivages* que determinan la división del movimiento sindical en el inicio de los años 80 y la trayectoria de las principales centrales a lo largo de aquella década. En el siguiente punto, se presenta un cuadro corporativo de las dos principales centrales (CUT y FS) que polarizan la escena en los años 90. Finalmente, se concluye con algunas especulaciones sobre las posibilidades de cambio en el interior del cuadro jurídico-institucional que regula la actual estructura de las relaciones capital-trabajo y de la organización sindical en Brasil y sus consecuencias en términos de consolidación de las centrales sindicales.

ABSTRACT

The goal of this article is to make a historical balance of the main brazilian trade unions in the last ten years. The author deals about its possibilities to fit its function: to represent the interest of workers.

At first time, it is mentioned some differences between the experiences of brazilian trade unions and the european ones. Then, the author analyzes the process of formation and history of brazilian trade unions and the main cleavages of these ones during the eighties. The next item is a comparative analysis of the two main trade unions (CUT and FS) during the nineties. Finally, the article finishes with some reflections about the possibilities of change within the rules between capital and work in Brazil.